

BARÓMETRO INTERNACIONAL

VICTORINO PÉREZ
de la Redacción de "Excélsior"

Viendo Hacia Afuera

La Ciencia aplicada está reclamando cada día mayor atención de la pequeña pero muy significativa minoría de aquellos que siguen asiduamente el desarrollo de los acontecimientos mundiales. Entre éstos, los de índole política están perdiendo buena parte de su antigua facultad de estremecer. Ahora, extiéndese la convicción de que, viéndolo bien, no son los directores de las grandes potencias ni los estados mayores, ni los diplomáticos quienes forjan exclusivamente el futuro del género humano, sino la legión de hombres de ciencia que discretamente trabajan en sus gabinetes y laboratorios, al servicio directo o indirecto de sus respectivos gobiernos. En otras palabras, la ciencia se ha vuelto "noticia", con un impacto igual o superior al de una conferencia internacional o al del derrocamiento de un régimen. Basta echar un vistazo a las efemérides de 1961 para notarlo. Muchos sucesos que inmediatamente después de haber ocurrido dejan la impresión de ser trascendentales, al cabo de unos cuantos meses pierden prácticamente todo su significado y se borran de la memoria universal. En cambio otros, inicialmente considerados como secundarios, crecen con el tiempo y parecen estar destinados a marcar linderos o señalar rumbos. Por ejemplo: ¿quién recuerda ahora que la Organización del Tratado de Asia Sudoriental declaró el 24 de marzo de 1961 que tomaría "las medidas necesarias" si los comunistas continuaban su campaña de agresión en Laos? ¿Dejó huella el que Jrushchov haya elevado el 8 de julio de 1961 el presupuesto militar de la Unión Soviética, a causa de la "tiranía mundial", y demandado una conferencia de los Cuatro Grandes, para discutir un tratado de paz con Alemania Orien-

tal? ¿Contribuyó en algo a disminuir esa tirantez mundial el que los ministros de Relaciones de las Cuatro Grandes Potencias se hayan reunido en Washington a mediados de septiembre pasado para hablar acerca de la crisis de Berlín? ¿No emplearon tal vez los periódicos demasiada tinta el 26 de septiembre al informar bajo grandes encabezados que Andrei Gromyko había declarado en las Naciones Unidas que el tratado de paz con Alemania debía ser el principal tema a discusión en la Asamblea General, y de nuevo, el 10 de octubre, cuando el Primer Ministro británico advirtió que la Unión Soviética se exponía a "graves peligros" si continuaba obrando unilateralmente en Berlín? En contraste con esas noticias "grandes" que se desinflan siguen teniendo valor otras "pequeñas" del mismo año, como la de que los rusos dispararon del Sputnik 8, que se hallaba ya en órbita, un proyectil hacia Venus, y que ahora gira en torno del Sol, o la de que en las cápsulas Mercurio, el comandante Allan B. Shepard, y después el capitán Virgil I. Grissom, el 5 de mayo y el 21 de julio, respectivamente, se elevaron a más de 180 kilómetros y fueron recogidos del mar, lo que permitió que el teniente coronel John H. Glenn diera tres veces la vuelta a la Tierra, en menos de cinco horas, el 20 de febrero de este año. Esa última hazaña, entre paréntesis, disipó el amargo sabor de múltiples reveses diplomáticos y políticos de Estados Unidos, elevó el prestigio nacional norteamericano, dio al pueblo estadounidense potente inyección de optimismo y de confianza en su capacidad científica y demostró las ventajas de una sociedad abierta.

La durabilidad de las noticias científicas la subraya este vuelo de Glenn, asociado inseparablemente con los realizados por los mayores soviéticos Yuri Gagarin y Gherman Titov, el 12 de abril y el 6 de agosto, respectivamente.

Por supuesto, no se pretende afirmar que todas las noticias políticas carezcan ya de importancia y que todas las de índole científica sean trascendentales. Tal cosa sería insostenible, al menos desde una perspectiva de una generación. Lo único que se desea señalar es que la ciencia del siglo veinte está contribuyendo más a la fijación del rumbo que

tomará el género humano que los erráticos esfuerzos de los estadistas. El hombre de ciencia se ha colocado, sin quererlo en muchos casos, en la cúspide de las instituciones directrices. Así pues, no es de extrañar que los gobiernos y las empresas particulares lo busquen, lo contraten, lo consulten y sigan sus consejos en la adopción de métodos y procedimientos que al principio los benefician directamente y que al ser perfeccionados y extendidos benefician también a toda la humanidad. Después de todo, el hombre es sólo uno. Tanto a los rusos como a los norteamericanos y a los congoleños les basta un solo método infalible de pronóstico del tiempo y una sola vacuna para prevenir la parálisis infantil.

La ciencia que se ha vuelto noticia está más próxima a la ingeniería que a la investigación pura. Los más de los hombres de ciencia trabajan en programas a corto plazo, de índole práctica, concernientes a los armamentos y a los sistemas de comunicación necesarios para proseguir la guerra fría. La investigación pura, que a la postre es la que más contribuye al progreso, todavía no es noticia. Interesa más lo espectacular que lo fundamental.

Entre lo más espectacular figuran los adelantos de la astronomía, desde la introducción de los radiotelescopios, que estudian las ondas de radio procedentes del espacio, en lugar de las ondas de luz de que se sirven los telescopios ordinarios. Gracias al radiotelescopio se dispone ahora de imágenes de las nubes y ríos invisibles de hidrógeno frío que avanzan entre las estrellas. Las ondas de radio han revelado también nuevas galaxias, tan distantes que sus ondas, que viajan a la velocidad de la luz, partieron en dirección de la Tierra muchos miles de millones de años antes que la Tierra se consolidara. Al mismo tiempo que explora la inmensidad del espacio, el hombre idea nuevos instrumentos y métodos para conocer un poco mejor las profundidades de los océanos. Varias expediciones oceanográficas han encontrado importantes corrientes submarinas y abundantísimos bancos de pesca, así como una enorme red de grietas, que indican que la corteza terrestre ha ido ensanchándose a través de las edades geológicas. Se ha iniciado también una profundísima

perforación en el fondo del mar, con el propósito de llegar a la llamada discontinuidad mohoróbica, que es el cambio rápido al estado semifluido de la roca, que ocurre en el fondo mismo de la corteza sólida de la Tierra. Los norteamericanos realizan esa empresa frente a las costas de California y los rusos tal vez en una isla del Pacífico. La rivalidad para llegar a donde termina propiamente la corteza terrestre quizá iguale este año y los próximos a la competencia por el dominio del espacio exterior.

Ese dominio parece ser una idea fija, tanto de los Estados Unidos como de la Unión Soviética. Ambos países parecen estar dispuestos a invertir cantidades inmensas en la realización de hazañas tan espectaculares como colocar a un grupo de hombres en la Luna y lograr que regresen a la Tierra. Jrushchov, en repetidas ocasiones, ha pronosticado que será un soviético el primero que ponga los pies en el satélite de la Tierra. De hecho, los rusos colocaron ya en la Luna una pequeña placa con el martillo y la hoz y tomaron fotografías de la cara de la Luna que nunca ve a la Tierra. El Presidente Kennedy ha pedido al Congreso autorización para llevar a cabo un vasto programa que culmine con una expedición norteamericana a la Luna. El plazo fijado por los norteamericanos es de diez años. Ahora, Rusia lleva la delantera e indudablemente se esforzará por conservarla. Se cree que los soviéticos se han propuesto llegar a la Luna en 1967, para celebrar de esa manera el 50º aniversario de la revolución bolchevique.

Es evidente que colocar a un grupo de hombres en la Luna constituye una de las tareas más difíciles y complicadas de todos los tiempos. Será preciso proyectar y perfeccionar una nueva serie de cohetes y vehículos espaciales para esa inmensa labor. Acerca de los planes rusos, casi nada puede decirse, pues Moscú es parco en pormenores, y sólo los da después de haber consumado alguna hazaña. Sin embargo, presíntese que en este mismo años los rusos pondrán en órbita terrestre un vehículo espacial con dos tripulantes, como preludio de otros experimentos con nuevos tipos de vehículos destinados a la Luna. Supónese también que la Unión

Soviética hará llegar primero a nuestro satélite una nave no tripulada. Tratándose fundamentalmente de la misma empresa científica y de los mismos seres que han de consumarla, es natural que los planes norteamericanos, que sí se conocen, sean muy semejantes a los de los rusos: en los próximos meses habrá tres vuelos muy semejantes al de Glenn y a fines de este año, o a principios de 1963, por lo menos dos astronautas serán enviados a que hagan recorridos de 18 órbitas, que duren 27 horas. Con esos experimentos terminará el actual programa llamado Mercurio. El sucesor de Mercurio será el programa de los Gemelos —Cástor y Pólux— que asumirá la forma de una cápsula construida para dos tripulantes y para viajes más prolongados. Los primeros vuelos sin tripulantes de la serie de los Gemelos, se efectuarán tal vez el verano de 1963. En 1964 habrá vuelos hasta de dos semanas en torno de la Tierra. Ya para entonces los Estados Unidos habrán adiestrado a nuevos astronautas, que no serán exclusivamente pilotos de prueba, como los siete que ahora tienen, sino también hombres de ciencia.

El propósito principal de esta serie de vuelos será determinar si los vehículos espaciales pueden ser acoplados a motores de retroimpulso, al mismo tiempo que estén girando en órbita. De ser factible la idea de unir cápsulas a motores puestos previamente en órbita, se simplificará la labor de enviar a un grupo de hombres a la Luna. Ya para 1964 estará en desarrollo el programa Apolo en que figurará una cápsula para tres hombres y gigantescos cohetes. En 1965 se intentará acoplar una cápsula Apolo a un motor a chorro, encontrándose ambos en órbita. En 1966, si todo marcha bien, tres astronautas harán en una nave Apolo un viaje alrededor de la Luna y de regreso a la Tierra. Un año después, quizá el hombre pise la superficie de la Luna.

Posiblemente para entonces la noticia científica, que ahora empieza a abrirse paso en las primeras planas de los periódicos, haya expulsado de ellas a la noticia política. ¿Ganaremos con el cambio que esto suponga en la conducta humana? Sería aventurada y hasta presuntuosa cualquier respuesta que se diera a esa pregunta. La ciencia no es una panacea, sino

más bien un arma de dos filos, que lo mismo puede contribuir a la elevación del hombre como a su hundimiento. Acerca de este punto sigue teniendo validez lo dicho por el Dr. Alexis Carrel hace 27 años, en su libro "El Hombre Desconocido".

No podemos dar artificialmente a ningún individuo la aptitud para ser feliz. Hasta ahora ignoramos cuál ambiente sea el más favorable para el desarrollo óptimo del hombre civilizado. ¿Es posible eliminar la lucha, el esfuerzo y el sufrimiento de nuestra formación psicológica y espiritual? ¿Cómo podemos evitar la degeneración del hombre en la civilización moderna? Podrían hacerse muchas otras preguntas acerca de temas que para nosotros son del mayor interés. Esas preguntas quedarían sin respuesta. Es evidente que todos los triunfos de todas las ciencias que tienen al hombre como objeto siguen siendo insuficientes, y que el conocimiento de nosotros mismos sigue siendo rudimentario.

Salvación Temida

Ese conocimiento rudimentario podría ensancharse en la próxima década, si el sentido común imperara entre los actuales directores del mundo y éstos se dedicaran a buscar la forma práctica de poner fin a la ruinosa carrera de los armamentos con el mismo empeño con que ahora protegen lo que consideran como sus intereses nacionales.

A esa conclusión ha llegado un grupo de las Naciones Unidas, integrado por diez economistas de Occidente y del bloque soviético elegidos por el finado Dag Hammarskjold, por instrucciones de la Asamblea General, para que prepararan un estudio acerca de "las consecuencias económicas y sociales del desarme en países con diferentes sistemas económicos y en diferentes etapas de desarrollo económico".

Ese grupo de peritos afirma que "el logro del desarme general y completo sería una bendición sin igual para todo el género humano". Señalan los expertos que el mundo está gastando anualmente unos ciento veinte mil millones de dólares en aprestos militares. Esa suma equivale al 8 o 9 por ciento de la producción mundial anual de todos los artículos

y servicios. En el caso de las grandes potencias, la producción militar se encuentra muy concentrada en un grupo limitado de industrias, y en el de los países que dependen de las importaciones para sus suministros militares, los recursos dedicados a propósitos bélicos consisten especialmente en mano de obra y divisas extranjeras. Esos recursos, que actualmente se dedican a la adquisición de armas, podrían emplearse para la expansión de capacidades productivas, y, en los países menos desarrollados, para la formación de capital. La disponibilidad de más hombres de ciencia y técnicos facilitaría la realización de programas de investigación científica fundamental, en campos que hasta ahora han sido descuidados. El desarme permitiría asimismo empresas conjuntas internacionales, como la utilización de la energía atómica con fines de paz y la exploración del espacio exterior, del Ártico, del Antártico, de los océanos, de las entrañas de la Tierra, para beneficio de toda la humanidad.

El ajuste de la economía mundial, basada ahora en la producción bélica, a la producción de paz, podría lograrse más fácilmente que el realizado después de la segunda guerra mundial. Al liberar recursos disipados ahora en preparativos bélicos se elevaría considerablemente el nivel de vida de todos los pueblos.

Este cuadro, empero, es demasiado hermoso para que se ajuste a la realidad. El desarme, no obstante sus indiscutibles ventajas, parece hallarse más remoto que la conquista de la Luna. Desde luego, la dificultad mayor consiste en que tiene que ser simultáneo y general. Mientras China comunista esté excluida del concierto de las naciones, no debe esperarse de ella que firme o respete ningún acuerdo tendiente a eliminar sus fuerzas armadas, que son su espina dorsal y constituyen su principal esperanza para imponer su dominio en Asia. Otro obstáculo casi infranqueable es la insistencia soviética en un tratado que señale el desarme general y completo y la suspensión incondicional de las pruebas nucleares. Las potencias occidentales, por su parte, insisten en medidas progresivas de inspección y vigilancia internacional de los armamentos y de las pruebas, lo que Rusia considera como espionaje.

En lo concerniente al desarme general, Jrushchov quisiera obtener de los Aliados el compromiso anticipado de destruir todos sus elementos bélicos. Sólo entonces la Unión Soviética procedería al desarme, por etapas, acompañadas de cualesquiera medidas de vigilancia que Occidente quisiera imponer. En cuanto a las pruebas nucleares, en síntesis, Rusia desea que se confíe en la vigilancia nacional, más bien que en la internacional, como Occidente demanda. Esto significa que cada bando emplearía sus propios métodos de detección, para cerciorarse de que el otro no actúe en violación del acuerdo a que se hubiese llegado respecto a los experimentos con armas atómicas. Occidente considera que esa clase de detección es eficaz en las explosiones atmosféricas de armas muy potentes, pero inútil en las explosiones subterráneas. Además, con la experiencia de la última serie de experimentos nucleares en la atmósfera, llevados a cabo por Rusia desde septiembre del año pasado, Occidente quiere tener la certeza de que los soviéticos no están haciendo preparativos secretos para una nueva serie de pruebas.

El 2 de marzo, Kennedy autorizó la conducción de una nueva serie de experimentos nucleares, que deben comenzar a fines de abril y prolongarse durante dos meses en la isla de Navidad, perteneciente a los ingleses, en el Océano Pacífico, y posteriormente en el atolón de Johnston, de los Estados Unidos, sito al sur de Hawai. La decisión norteamericana de reanudar las pruebas termonucleares se tomó realmente desde el otoño de 1961. Desde entonces se preparó el terreno en todo el mundo, por medio de los embajadores de los Estados Unidos, quienes informaron a los países amigos acerca de los motivos imperiosos que obligaban a la reanudación de los experimentos. Kennedy llegó hasta a enviar un mensaje especial al Primer Ministro del Japón, del que esperaba que protestara con mayor vehemencia, como efectivamente lo hizo.

Mientras tanto, los hombres de ciencia y los técnicos militares trabajaban día y noche, tanto en Washington como en Los Álamos, N. M., y Livermore, Cal., preparando lo que se conoce como la Misión unida número ocho, que con-

siste en transportar hasta la isla de Navidad y el atolón de Johnston todo el material necesario para realizar las pruebas en condiciones muy diversas, y registrar sus resultados. Las series anteriores de experimentos atómicos habían estado precedidas por un periodo de catorce a dieciocho meses de preparación. En esta nueva serie, se ha dispuesto de sólo un poco más de cuatro meses.

La última prueba nuclear norteamericana en la atmósfera se realizó en 1958. Con la nueva serie, los norteamericanos esperan perfeccionar por lo menos diez o doce armas potentísimas, entre ellas los proyectiles dirigidos Atlas y Titán, con explosivos nucleares, los Polaris, de alcance intermedio y los Minuteman, de corto alcance. Asimismo, se proyecta explorar las posibilidades de la llamada bomba de neutrones, que en teoría podría destruir un ejército enemigo sin causar grandes daños en las construcciones y sin producir radiactividad prolongada.

La magnitud de los preparativos y la importancia de los resultados que esperan obtenerse de los experimentos de los Estados Unidos autoriza a suponer que no habrá acuerdo de vigilancia e inspección de las pruebas nucleares entre las potencias occidentales y la Unión Soviética, aun en el caso de que Rusia estuviese dispuesta a firmar ese convenio.

Si prosiguieran las pruebas soviéticas, en tanto que los Estados Unidos se abstuvieran de hacerlas, los rusos adquirirían una capacidad de ataque tan enorme que podrían verse tentados a "sepultar a Occidente". Así pues, considera Occidente que debe estar siempre en condiciones de impedir un ataque termonuclear, sobrevivir si es víctima de él, y tomar rápidas y eficaces represalias.

Los Estados Unidos y la Gran Bretaña han propuesto un tratado de prohibición de pruebas nucleares, con inspección y vigilancia, a su manera. Si la Unión Soviética lo firma antes de fines de abril, ese pacto tendrá aplicación inmediata y se suspenderán todos los experimentos, pues Occidente se considerará entonces lo suficientemente seguro para no tener necesidad de emprender nuevas pruebas.

La reacción inmediata de Jrushchov fue protestar ruidoso-

samente, diciendo que la nueva serie de experimentos norteamericanos era una forma de chantaje, para obligar a la Unión Soviética a someterse al requisito de la inspección y vigilancia. Se prevé que cuando las pruebas norteamericanas se encuentren en su apogeo, Rusia anuncie una nueva serie de experimentos, en mayor escala que los realizados el año pasado. De hecho, Gromyko ya dijo algo acerca de eso.

Aunque los rusos no convengan en concertar un tratado que prohíba las pruebas nucleares, a la postre habrá conferencia cumbre, quizá en junio, para discutir ese problema, el del desarme y otros pendientes, como el de Berlín, el de Asia Sudoriental, el de la penetración comunista en Iberoamérica, el no resuelto aún del Congo y el de la competencia económica en las zonas subdesarrolladas. Jrushchov ha estado gestionando esa conferencia cumbre desde hace mucho tiempo. La necesita para obtener un triunfo personal. Actualmente, está abrumado por problemas interiores, como el fracaso de la agricultura, y problemas exteriores, como su creciente pugna con la China. La discusión del tema del desarme y de su inseparable anexo de las pruebas nucleares, aunque no lleve a ningún resultado práctico, tiene un valor propagandístico enorme, tanto dentro como fuera de la Unión Soviética. Jrushchov pretende aparecer como el campeón de un mundo sin armas. En el remotísimo caso de que en una próxima conferencia cumbre, posterior a la de Ginebra, se sentaran bases concretas para que todas las naciones se desarmen por completo, Jrushchov reclamaría el crédito de ese enorme triunfo. En el más probable caso que la reunión de Ginebra termine sin ningún motivo para que se congreguen los Grandes, y prosiga la carrera de los armamentos, el Primer Ministro soviético estará en condiciones de culpar de ese fracaso a los Estados Unidos.

No harán falta grandes garantías soviéticas para que se realice una asamblea en la cumbre. Crece en Occidente la presión popular para que, al menos, se hable formalmente del fin de la guerra fría. Aunque el canciller Adenauer, y el Presidente De Gaulle han expresado repetidas veces su convicción de que esas juntas son inútiles, y aunque Kennedy,

por experiencia propia (Viena, 1961), también así parece creerlo, prevalece en este caso el punto de vista británico de que es preferible hablar, aunque sólo sea para ganar tiempo, que cerrar las puertas a un acuerdo, por improbable que éste sea.

Últimamente se ha extendido en la Gran Bretaña, la creencia de que Jrushchov es el más razonable de los dirigentes que ha tenido Rusia desde la revolución de 1917, por lo que los Aliados deben esforzarse en pactar con él. De esa manera, razonan los ingleses, Occidente combatirá en forma indirecta a los stalinistas que ahora se oponen a Jrushchov dentro de la Unión Soviética, y a los comunistas chinos. Considérase que tanto los primeros como los últimos son más intransigentes que el actual Primer Ministro ruso.

Sin embargo, no todos los "kremlinólogos", apoyan ese punto de vista británico. Arguyen que Jrushchov es un adversario más temible que Stalin y que su presente retirada es fingida y completamente ajustada a la realidad militar, que indica que la Unión Soviética no está todavía en condiciones de imponer por las armas lo que no ha logrado establecer por la ideología.

Sostienen también los miembros de la segunda escuela que nada se pierde prolongando negociaciones fútiles, pues Jrushchov es un hombre de sesenta y siete años, aquejado de un padecimiento cardíaco y, por lo tanto, muy expuesto a desaparecer pronto. Entonces, podría sucederle un hombre más joven y más flexible, con libertad completa de acción, por no haber pertenecido a la vieja escuela bolchevique y, por lo tanto, sin tener que cargar con las culpas y las rémoras stalinistas. Con ese hombre nuevo, afirman, Occidente podría entenderse.

El punto más débil de este argumento es que el "hombre nuevo" hecho a la medida de los deseos de Occidente, no se perfila en la Unión Soviética y posiblemente no exista. Además, pudiera ser que el régimen personal o colectivo que suceda al de Jrushchov resulte una nuez más difícil de pelar que la del actual dirigente ucraniano.

Feria de los Decepcionados

Cambie o no el viento, las aspas del molino internacional deben seguir girando. En Ginebra, desde el 14 de marzo, los ministros de Relaciones de diecisiete países pertenecientes a la Comisión de Desarme de la ONU tratan de poner en marcha una nueva conferencia de desarme en un ambiente general de pesimismo, provocado por el estancamiento político de la guerra fría y el recuerdo de la suerte que han corrido otras juntas semejantes, desde 1945. Pero es imperativo seguir haciendo ensayos de molienda, mientras llega el trigo.

Lo poco que de Ginebra se espera colígese de las opiniones expresadas por Adlai Stevenson, que son, en síntesis, éstas:

Habrán discursos, fotografías, declaraciones y promesas, después de lo cual disminuirá la intensidad de la publicidad y se iniciará la verdadera labor de negociar. Tras los regateos vendrá el estancamiento. Los delegados trabajarán en un ambiente de creciente pesimismo, aliviado una que otra vez por resplandores de esperanza de progreso, hasta que, por fin, todos se convenzan de que es inútil continuar. Este ha sido el molde clásico de las conferencias del desarme desde que terminó la segunda guerra mundial. No se ha podido hasta ahora atravesar la barrera del temor y la suspicacia y librarse del ciclo de la guerra y de preparación para la guerra. Es ya tiempo de dar un salto decisivo, pues de otra suerte se expone al mundo a la destrucción megatómica.

Los dirigentes de las grandes potencias así lo comprenden, y esa comprensión constituye la única oportunidad que tienen ahora, aunque un poco tardía, de concertar un pacto práctico de vigilancia de los armamentos.

Hace sólo quince años, la guerra general era aún el medio de doblegar a un grupo de naciones a la voluntad de otro grupo. Aunque ese medio resultaba fantásticamente destructivo y costoso, era, sin embargo, tolerable. De hecho, los victoriosos consideraban sus sacrificios como necesarios y bien empleados.

Durante mucho tiempo se ha sostenido que si las grandes potencias pudieran poner al servicio de la paz aunque fuese una fracción muy pequeña de sus recursos científicos, tecnológicos, militares y políticos, que ahora dedican a preparativos bélicos, los resultados serían sorprendentes. Esa meta se vislumbra en el horizonte.

El bloque soviético muéstrase inquieto. Jruschov ha hecho de la coexistencia pacífica la piedra angular de su política exterior. Parece estar dispuesto a excluir el recurso de la guerra nuclear, sencillamente porque reconoce que sus consecuencias serían terribles. Por supuesto, no se ha llegado todavía a nada fundamental. La reacción general soviética a la oferta de Kennedy de abstenerse de más experimentos nucleares en la atmósfera si los rusos están dispuestos a firmar un pacto práctico de inspección y vigilancia, fue negativa. Pero en otras ocasiones, los rusos han cambiado de parecer. Si ahora lo hacen, el desarme comenzará a ser algo más que una esperanza distante.

El tiempo apremia. Si continúan las pruebas en la atmósfera, indudablemente darán por resultado la construcción de armas más grandes y más potentes. Lo que es peor, otros países comenzarán a probar dispositivos propios. Cuando sean muchos los países que posean armas atómicas, aumentará considerablemente la posibilidad de que alguno de ellos las dispare. Afortunadamente, la conferencia de Ginebra parte de una base poco común, de cooperación soviético-norteamericana. Como resultado de conversaciones entre los dos países, en las Naciones Unidas y en otros organismos, han llegado a convenir en una serie de principios que servirán de guía o estructura de las negociaciones futuras sobre desarme. Esos principios o guías han sido aprobados por la Asamblea General de las Naciones Unidas. Aunque esa "declaración conjunta de principios convenidos acerca de negociaciones de desarme" no es tan concreta como fuera de desarse, representa cierta medida de acuerdo sobre las bases indispensables para llegar al desarme. Sin embargo, no debe concederse demasiada importancia a esa declaración conjunta. Necesariamente será objeto de profundas diferencias de opinión, hasta

en lo que concierne al significado de sus términos generales. La inspección encuéntrase en el fondo del problema del desarme. Los soviéticos parecen ser incapaces de considerar a los inspectores no comunistas como otra cosa que no sean agentes hostiles de un mundo burgués decidido implacablemente a lograr la destrucción de la sociedad comunista. Occidente, por amarga experiencia, no está dispuesto a confiar, sin tener pruebas en las seguridades comunistas de que se hayan llevado a cabo providencias tendientes al desarme.

Con un poco de sentido común y el deseo de adelantar, sería posible salvar esa barrera. El programa norteamericano señala, en términos generales, la reducción equitativa de las fuerzas armadas y de los armamentos, inclusive de las armas químicas, biológicas y radiológicas. Incluye una serie de medidas para contener y reducir la amenaza nuclear por medio de la suspensión de las pruebas atómicas, la producción de material fisionable dedicado a bombas, la reducción de las reservas de armas atómicas y evitar que reciban esas armas los países que ahora no las tienen. También incluye la eliminación gradual de los proyectiles guiados, los aviones y los barcos capaces de transportar y arrojar, hacia metas distantes, las armas atómicas. Prohíbe poner en órbita satélites que lleven armas de destrucción en masa. Propone medidas para reducir los riesgos de guerra, por accidente o sorpresa. Establece una organización internacional de desarme que compruebe el cumplimiento de los compromisos que han contraído los países participantes y que señale los pasos que subsecuentemente habrán de tomarse para llegar al desarme absoluto. El desarme completo significa cierto grado de intervención internacional en los asuntos internos de las naciones, que no tiene ningún precedente. Es evidente que no se puede esperar llegar a esa meta casi utópica de la noche a la mañana. Lo más que se puede esperar es llevar el asunto por buen camino. La humanidad no está dispuesta a aceptar en forma pasiva la posibilidad de exterminación. Hasta aquí Stevenson.

Tampoco Inglaterra alienta grandes esperanzas de un acuerdo sobre desarme en Ginebra. Lord Home, Secretario

británico de Relaciones, resumió el punto de vista de su país diciendo que todo lo que puede esperarse de las potencias nucleares es que empiecen a quitarse su coraza. "No debemos poner nuestra esperanzas demasiado alto, después de casi treinta años de hablar sobre desarme y no haber logrado nada. Pero, por primera vez, creo que los rusos y los norteamericanos están de acuerdo, al menos en principio. Dentro de la estructura de esos principios, siempre que venzamos el obstáculo de la inspección, quizá podremos comenzar a discutir la manera de llegar al desarme. No me atrevo a esperar más."

En cuanto a las expectativas rusas, como antes lo señalamos al referirnos a las largas maniobras de Jrushchov para lograr una nueva Junta Cumbre, parecen girar principalmente en torno de triunfos tácticos de la guerra fría. Sólo así se explica que coincidiendo con la apertura de la conferencia de Ginebra, tanto "Izvestia" como "Pravda" hayan reiterado la amenaza rusa de firmar un tratado de paz por separado con Alemania Oriental, y subrayado que toda demora en resolver el problema alemán hace que aumente el peligro de una guerra nuclear. De acuerdo con esos portavoces del Kremlin, posponer la solución pacífica del problema alemán equivale a dar bríos a los militaristas de Alemania Occidental y ofrecerles la ocasión de adquirir armas atómicas.

Advierte "Izvestia" a Occidente que se equivoca si cree que Moscú aplazará indefinidamente la firma del tratado de paz con Alemania Oriental, pero al igual que "Pravda", se abstiene de fijar ninguna fecha.

Antes, Jrushchov había anunciado que firmaría ese tratado a fines de 1961. Explica "Izvestia" que el Primer Ministro soviético decidió aplazar la firma de ese tratado porque Occidente mostró indicios de querer negociar. Hubo, en efecto, negociaciones en Moscú, entre el embajador norteamericano Llewellyn B. Thompson y el canciller soviético Andrei Gromyko, que resultaron completamente inútiles.

Milagro de la Sensatez

La conquista del espacio exterior es un hermoso sueño que empieza a realizarse; el desarme, un sueño irrealizable, por lo menos mientras las naciones no concentren todos sus esfuerzos en salir de su concha. En cambio, el Mercado Común Europeo, es la realidad máxima de nuestros tiempos, el triunfo más notable del esfuerzo cooperativo y la manera más sensata que hasta ahora se haya ideado de mejorar la suerte del hombre, considerado no como nacional de algún país, sino como ciudadano de, por ahora, un continente, y quizá más tarde, del mundo.

El Mercado Común data de hace sólo cinco años, al firmarse el 25 de marzo de 1957, en Roma, el Tratado que establecía la Comunidad Económica Europea. Los signatarios fueron Francia, Alemania Occidental, Italia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo, que forman el núcleo al que ahora desean adherirse otros países europeos, especialmente la Gran Bretaña.

Al principio se creía que el Mercado Común era una empresa irrealizable. Ahora, sólo una catástrofe mundial podría sacudirla, aunque no impedir que renaciera. Cada día que pasa, el Mercado Común Europeo es más fuerte, y el mundo entero comienza a reconocerlo, inclusive los Estados Unidos. Su Presidente acaba de proponer al Congreso medidas eficaces que permitan un comercio más libre, como medio de competir sin desventaja.

Son nueve ya las naciones europeas que han enviado al cuartel general del Mercado Común, establecido en Bruselas, solicitudes de admisión o de asociación. El Tratado de Roma y sus protocolos y anexos se refieren a asuntos tan diversos como el movimiento libre de trabajadores y de dinero, el derecho a establecer negocios y ejercer profesiones con toda libertad, dentro de cualquier país de la Comunidad, una ley contra los monopolios, reglamentos comunes en materia de transportes, tratados mercantiles y reglamentos comerciales con naciones ajenas al mercado, acción común contra el ciclo ascendente y descendente de los negocios, re-

glas contra los subsidios y contra el abuso de los monopolios nacionales y otros elementos de la vida económica moderna.

Por último, el tratado también señala la meta más ambiciosa del comercio libre en la producción agrícola, con un programa común, financiado entre todos los miembros del pacto.

El Mercado Común Europeo quizá conduzca algún día a los Estados Unidos de Europa pero, por el momento, lo más importante es que su funcionamiento venturoso ha permitido la creación de un todo que es muchísimo mayor que sus partes individuales. Ese todo es una entidad potentísima. Sus miembros prosperan como nunca habían prosperado. En conjunto, las naciones que forman el Mercado Común son el organismo económico más importante de todo el mundo, por lo que sus aranceles externos constituyen un motivo de viva preocupación para todos los que se encuentran fuera del círculo mágico. El Mercado Común ocupa una posición, en materia de oro y divisas extranjeras, más fuerte aún que la de los Estados Unidos. Produce casi tanto acero como los norteamericanos, y su ritmo de crecimiento es más acelerado.

A principios de este año, los miembros del Mercado Común decidieron por unanimidad renunciar a la pausa optativa que señalaba el Tratado de Roma, al final del primer periodo de cuatro años, y pasar sin demora a la segunda etapa del programa, después de haber llegado al histórico acuerdo de una política agrícola común. No es de extrañar, por lo tanto, que el Presidente Kennedy halla pedido al Congreso autorización para negociar considerables reducciones arancelarias; para gestionar con el Mercado Común la eliminación de algunos aranceles, en términos de categorías de productos, más bien que de productos determinados; y autorización para extender la ayuda del gobierno federal a las empresas norteamericanas que inevitablemente saldrán perjudicadas por las importaciones de Europa Occidental. Sostiene Kennedy que el surgimiento del Mercado Común da excelente ocasión a los Estados Unidos de aumentar su comercio de exportación, pero sólo si el Congreso le autoriza para nego-

ciar la eliminación de aranceles y otras barreras que impedirían esas ventas.

El significado del Mercado Común es la eliminación completa de aranceles, cuotas y, a la postre, de todas las restricciones nacionales al comercio, dentro del territorio de los países miembros. Con esas facilidades, es natural que los miembros tiendan a comerciar más entre ellos mismos, y a importar menos de los países "de afuera". Por supuesto, los aranceles no constituyen una barrera absoluta al comercio. Son un obstáculo, significan costo adicional, pero aún así, en ocasiones los vendedores pueden pagar y obtener provecho. Las cuotas, en cambio, son absolutas. Además, existen otras barreras menos manifiestas, como los impuestos internos, que impiden las importaciones.

El sector proteccionista del Congreso norteamericano sostiene que las ventas en los Estados Unidos de productos importados automáticamente reducen las ventas de productos norteamericanos. Ese argumento, por supuesto, no puede ser rebatido. El obrero que trabaja menos horas a la semana, o que es despedido a causa de la disminución de la demanda de los productos que él contribuye a fabricar, por haber aumentado la cantidad de los mismos productos de procedencia europea, se convierte en un crítico potencial de la rama legislativa del gobierno. A ello obedece que los legisladores proteccionistas se opongan a casi todos los aspectos del plan de Kennedy y propongan en cambio una protección arancelaria más rígida.

Jean Monnet, es el apóstol de la unidad europea, el realizador del sueño napoleónico de una Europa unida —el Sistema Continental, como le llamaba el Emperador. El impacto producido en todo el mundo por el Mercado Común Europeo se observa con especial claridad en Inglaterra, que a riesgo de aflojar y hasta de romper sus tradicionales lazos con la Comunidad Británica de Naciones decidió que su propio destino y el de Occidente se hallaban en la unidad europea. Como lo expresó el Primer Ministro MacMillan: "Es un hecho evidente que la formación y el desarrollo de la Comunidad Europea, ha creado, económica y políticamen-

te, una situación ante la que nos vemos obligados a reaccionar.”

En todo el Viejo Continente, famoso por sus querellas nacionalistas, se observa ahora un intenso deseo de cooperación. En Bruselas está surgiendo ya una generación de jóvenes educados en las ideas del Mercado Común. En la escuela especial del Euromart, se gradúan todos los años jóvenes políglotos, europeístas, a quienes se les ha enseñado la historia desde diversos aspectos, con la idea fundamental de hacerlos comprender que, más que alemanes, belgas, franceses o italianos, son europeos.

Al igual que muchas otras ideas revolucionarias, la del Mercado Común no es nueva, sino un viejo concepto revivido. La idea europea tiene quizá su origen en la Roma de los césares, en la Iglesia Católica Romana, en el Sacro Imperio Romano, en la unidad intelectual, lograda a través de mil años de cultura, de comercio y de conquistas. Al terminar la segunda guerra mundial, Europa se hallaba postrada, en medio de dos gigantes —los Estados Unidos y la Unión Soviética— y atendida casi exclusivamente a la ayuda económica norteamericana. Inmediatamente después de la guerra, Churchill inició su movimiento en pro de una Europa unida; el Conde Richard Coudenhove-Kalergi, convocó a un grupo de parlamentarios europeos para que discutieran la unidad política, la unión europea de federalistas, y exhortó al Viejo Continente a que se uniera; y en 1948, casi todos esos grupos formaron el Consejo de Europa. Los escépticos se negaban a creer que algo práctico pudiera resultar de sus esfuerzos idealistas. Sin embargo, el ideal, lejos de desvanecerse, se ha convertido en una gloriosa realidad.

El predecesor inmediato del Mercado Común Europeo fue la Comunidad Europea del Carbón y el Acero, concebida también por Jean Monnet, en 1950. Esa comunidad reúne los recursos carboneros y siderúrgicos de Francia y Alemania —el Ruhr, el Sarre, Lorena— bajo una autoridad supranacional.

La Comunidad Europea del Carbón y el Acero ha sido un éxito, ya que la producción de acero de seis países miem-

bro ha aumentado en un ciento por ciento y casi igualado a la de los Estados Unidos. La organización ha eliminado casi todos los impuestos nacionales sobre la producción de carbón y acero y perfeccionado un sistema muy avanzado de protección social y de empleo para su millón y medio de trabajadores, quienes pueden ganarse la vida en cualquiera de los seis países de la Comunidad en que sus servicios sean necesarios.

El Mercado Común es actualmente el mayor importador del mundo de toda clase de productos y el segundo exportador de productos manufacturados. El comercio entre sus seis miembros ha aumentado en un 50 por ciento. Lo que inicialmente iba a ser un periodo de transición de doce años hacia una economía integral, podrá realizarse en sólo ocho.

La industria europea se ha acostumbrado no sólo a reducir sus precios y a competir, sino también a cooperar. Los hombres de empresa del Mercado Común han anunciado una serie importantísima de fusiones, con el resultado de que ahora hay compañías franco-alemanas, que fabrican aeroplanos, cámaras, material eléctrico, y empresas italo-germanas o franco-italianas que producen artículos que anteriormente fabricaban separadamente a un costo mayor y de calidad no tan buena.

Las negociaciones para la admisión en el Mercado Común de la Gran Bretaña están resultando largas y difíciles. Pero si Inglaterra, por fin, logra ser admitida, es muy posible que se unan también al Euromart los otros seis miembros de la Asociación Europea de Comercio Libre, los llamados "siete de afuera" y que son, además de la Gran Bretaña, Suecia, Noruega, Dinamarca, Suiza, Austria y Portugal.

Hasta España ha hecho últimamente cautos sondeos para "asociarse" al Mercado Común. Franco comprende que es mucho más lo que tiene que ganar que lo que puede ofrecer, y que si Inglaterra, con todos sus recursos, ha tropezado con dificultades, España no puede esperar que los miembros titulares del venturoso mercado le abran los brazos fraternalmente. En un caso semejante se encuentra Portugal. De ahí que Franco y Salazar hayan tratado de mejorar sus respecti-

vas posiciones débiles, al esbozar recientemente una especie de unión ibérica, que abarque los "territorios portugueses de ultramar" y las pequeñas posesiones españolas en África. Tal vez así, dentro de algunos años, logren engancharse al carro de la abundancia. Todavía más en lontananza encuéntrase una comunidad atlántica, en la que los Estados Unidos, Iberoamérica y Europa estén asociados.

Como lo dijo Monnet mismo: la unión, en sí misma, no constituye un fin. Es el comienzo del camino hacia un mundo más ordenado, capaz de evitar su propia destrucción. La asociación de Europa y los Estados Unidos debe crear una nueva fuerza en favor de la paz.

Para terminar, otro pensamiento que tiene aplicación y podría servir de colofón a todos y cada uno de los temas apenas esbozados en estos apuntes al vuelo —el porvenir de la ciencia, el desarme, la asociación sensata de los pueblos. Lo expresó el mismo sabio francés a quien nos referimos al principio: el Dr. Alexis Carrell, cuatro años *antes* de la segunda conflagración mundial:

Ninguna civilización perdurable podrá fundarse en ideologías filosóficas y sociales. La ideología democrática misma, a menos que se reconstruya sobre una base científica, no tiene mejor ocasión de sobrevivir que las ideologías fascista o marxista. En realidad, todas las doctrinas políticas y económicas han hecho caso omiso, hasta ahora, de la ciencia del hombre. Sin embargo, la eficacia del método científico es obvia. La ciencia ha conquistado al mundo material. Y la Ciencia dará al hombre, si la voluntad de éste es indomable, el dominio sobre la vida y sobre sí mismo.